



Mateo 22,1-14

En aquel tiempo, de nuevo tomó Jesús la palabra y habló en parábolas a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: «El reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados a la boda, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados, encargándoles que les dijeran: «Tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas, y todo está a punto. Venid a la boda.» Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios; los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados: «La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda.» Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. Cuando el rey entró a saludar a los comensales, reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirme de fiesta?» El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los camareros: «Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes.» Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.»

ACOGER Y HACER PROPIO EL EVANGELIO

Mateo 22, 1-14

«Ven. Estás invitado»

Una propuesta para detenernos, escuchar, discernir y responder
No queremos simplemente entender el Evangelio.
Queremos dejarnos alcanzar por él.

1. DETENERME

Salir por un momento del ruido

Busco un lugar tranquilo.

Dejo por unos momentos lo que estás haciendo.

Respiro despacio.

Tomo conciencia de cómo estoy ahora mismo.

No tengo que conseguir nada.

No tengo que responder todavía.

Simplemente, me detengo.



Después de unos momentos de silencio, me pregunto:

¿Cómo estoy llegando?

¿Qué ocupa hoy mi mente y mi corazón?

No busco una respuesta perfecta. **Reconozco sencillamente cómo estoy.**

Permanezco un momento en silencio.

2. ESCUCHAR

Dejar que el Evangelio me encuentre

Leo despacio **Mateo 22, 1-14.**

Puedo leerlo una segunda vez, todavía más lentamente.

Mientras leo, no intento explicarlo.

Me fijo en una palabra, una frase, una imagen o un personaje que **me llame especialmente la atención.**

Me detengo ahí.

Léelo de nuevo.

Me pregunto:

¿Qué ha resonado en mí?

¿Qué palabra siento que hoy me está dirigida personalmente?

Me quedo unos momentos en silencio.

3. ACOGER

¿Qué me está diciendo Jesús?

Vuelvo ahora a la imagen del Evangelio:

Un banquete.

Una invitación.

Personas que son llamadas.

Algunos acogen.

Otros tienen otras cosas que hacer.

Dejo que la escena entre en mi propia vida.

Me pregunto:

¿A qué me está invitando Jesús hoy?

Quizá sea a detenerme.

A cuidar una relación.

A reconciliarme.

A abrirme a alguien.

A recuperar algo que había dejado de lado.

A vivir con más profundidad.

A confiar.

A dejar algo que me está ocupando demasiado.



No busco muchas respuestas.

Acojo solamente aquello que aparece con más fuerza.

4. DISCERNIR

Distinguir la invitación entre tantas voces

No todo lo que llama nuestra atención tiene la misma importancia.

Vivimos rodeados de estímulos, necesidades, obligaciones y deseos.

Por eso conviene preguntarse:

¿Qué voces están ocupando hoy mi vida?

¿Cuáles me llevan hacia una vida más verdadera, más libre y más abierta a los demás?

¿Cuál de ellas siento que viene de lo más profundo y me invita a vivir según el Espíritu de Jesús?

No se trata de sentir algo extraordinario.

A veces la invitación de Dios llega **de una manera muy sencilla:**

una inquietud,

un deseo de reconciliación,

una persona que aparece en el corazón,

algo que necesito cambiar,

una llamada a confiar,

una invitación a salir de mí mismo.

Me detengo ante ello.

¿Qué movimiento interior reconozco?

5. RESPONDER LIBREMENTE

¿Qué quiero hacer con esta invitación?

Dios invita.

No obliga.

Por eso ahora no se trata de preguntarme qué debería hacer, sino:

¿Quiero acoger esta invitación?

Puedo responder:

Sí.

Todavía no.

Necesito tiempo.

No me siento preparado.

Lo importante es responder **desde la verdad y la libertad.**

Si percibo un «sí», me pregunto:

¿Qué pequeño paso concreto puedo dar?

No pienso en grandes propósitos.

Quizá sea:



- llamar a alguien;
- pedir perdón;
- dedicar un tiempo al silencio;
- escuchar de verdad a una persona;
- recuperar una relación;
- desprenderme de algo;
- hacer un gesto de acogida;
- reservar un espacio para Dios y para mí.

Un pequeño paso vivido de verdad vale más que muchos buenos propósitos.

6. COMPARTIR

Poner en común lo que he escuchado

Ahora podemos compartir en el grupo.

No se trata de explicar el Evangelio ni de dar una homilía.

Tampoco de comentar lo que deberían hacer los demás.

Cada persona comparte **lo que le ha pasado a ella**.

Puede ayudarnos esta sencilla fórmula:

«Lo que más me ha tocado del Evangelio es...»

Y después:

«Siento que hoy Jesús me invita a...»

Los demás **escuchamos sin juzgar, sin aconsejar y sin responder inmediatamente**.

Después de cada intervención puede guardarse unos segundos de silencio.

7. TERMINAR EN SILENCIO

Al finalizar el compartir, vuelve cada uno a su interior.

Recuerda la palabra o invitación que has recibido.

Y permanece unos momentos en silencio.

Puedes terminar repitiendo interiormente:

«Señor Jesús,

gracias por invitarme.

Ayúdame a escuchar,

a responder libremente

y a hacer de mi vida

una mesa abierta para los demás.»

Una última pregunta para llevar conmigo

¿Qué invitación no quiero volver a dejar pasar?